Los consuelos

Poesías

Esteban Echeverría

Freeditorial

1 -

El pensamiento

¡Oh flor de alta fortuna!

Rioja

Yo soy una flor oscura
de fragancia y hermosura
despojada;
flor sin ningún atractivo
que sólo un instante vivo, 5
acongojada.

Nací bajo mala estrella;
pero me miró una bella
enamorada,
y me llamó pensamiento 10
y fui desde aquel momento
flor preciada.

No descuello en los jardines
como los albos jazmines
o las rosas; 15
pero me buscan y admiran
me contemplan y suspiran
las hermosas.

Si me mira algún ausente
que de amor la pena siente, 20
cobra vida;
y es feliz imaginando
que en él estará pensando,
su querida.

Yo soy grata mensajera, 25
que bajo forma hechicera
voy volando,
a llevar nuevas de dicha,
al que vive en la desdicha
suspirando. 30

Emblema del pensamiento,
del amor y el sentimiento,

mi destino
es deleitar al que adora,
y consolar al que llora 35
peregrino.

- II -

Lara o la partida

A D. Y. P.

Fare thee well! and if for ever
still for ever, far thee well;

Byron

- I -

Tendido el lino la veloz barquilla
mueve en el Plata su ligera quilla,
al rayo matutino,
y por la faz undosa engalanada
se desliza del céfiro halagada 5
llevando al peregrino.

Al bajel llega, que arrogante oprime
del río el seno, que a su lado gime,
y airoso se pompea,
pronto a surcar por el cerúleo llano 10
ostenta al aire su vigor ufano,
y sus alas ondea

En el soberbio alcázar ya domina
del cómitre la voz y a la marina
gente imperiosa llama, 15
que con mustios acentos velozmente
da los linos al aire, o tristemente
en los mástiles clama.

Los hinche en globo el bonancible viento
y divide las aguas al momento, 20

en círculo espumoso,
la prora murmurando resonante,
y el alcázar del piélago nadante
levantando vistoso.

Reclinado en el borde, con mejillas 25
enjutas pero tristes, las orillas
de su patria contempla
Lara perderse, cual coposo monte,
en el lejano y diáfano horizonte
y su laúd dulce templa. 30

Dolor siente en el alma, mas sereno
brilla su rostro, que apuró el veneno
de congojas mortales,
y temprano aprendió del sentimiento
a sofocar las ansias o el contento, 35
al corazón fatales.

Preludió al fin la melodiosa lira,
y recordando de la suerte agravios,
el adiós tierno que la ausencia inspira
modularon sus labios. 40

- II -

El halagüeño júbilo del mundo
volver no puede al corazón burlado
la bella imagen de ilusión querida,
que voló fementida.

Pierde la flor su púrpura y su nieve, 45
su aroma grato y su verdosa pompa;
así se agosta el esplendor lozano
del corazón temprano.

Se rompe el velo mágico que al alma
pintaba glorias, esperanzas dulces, 50
cuando aun risueños los floridos años
brindan amor y engaños.

Fuese el encanto de mis bellos días,
fuese la lumbre de mi albor lúcido
y sólo es dado a mi enojosa vida 55
sentir gloria perdida.

Mas ¿qué es sentir cuando el prestigio grato,
que embellecía la existencia ha muerto,
e inexorable, aterrador destino
del bien cierra el camino? 60

Dulce esperanza, celestial imagen
vuelve a mi mente su divino fuego,
disipa un tanto la tiniebla umbría
que cerca el alma mía.

Tú me alentaste cuando el crudo anhelo 65
de la congoja marchitó mis días,
tú del regazo de mis tristes lares
me llevas a los mares.

Por ti mi patria y mis amores dejo
y en las regiones de la tierra extrañas 70
voy a buscar a mi ansiedad consuelo,
llena el alma de duelo.

Grata fue un tiempo a mi vivir la suerte,
brindome un tiempo deliciosas horas,
que sueños fueron de ilusión falaces, 75
sombras de bien fugaces.

En flor marchitas contemplé mis glorias
y sumergido el corazón de entonces
en triste noche, solitario abismo,
se consume a sí mismo. 80

¿Qué vale al pecho el palpitar de gozo
en el regazo de su dueño amado,
qué al alma vale el halagüeño encanto
que idolatraba tanto?

Si el placer vuela, el inefable hechizo 85
se desvanece, cual la lumbre fatua,
cuando al deleite la pasión apura;
y el sentimiento dura.

Vanos placeres, deliciosos lazos,
que al albedrío encadenáis tan dulces, 90
adiós por siempre, ya de vuestro halago
huyo libre el estrago.

Adiós amores, de la vida rosas,
que exhaláis grato vuestro aroma, un día

y perdéis luego el poderoso hechizo 95
que delirar nos hizo.

Y tú también angelical criatura,
guarda celeste de mi triste vida
que yo vi en sueño y en feliz instante
pude llamar mi amante. 100

Tú que supiste embelesar mi mente,
tú que las ansias de mi amor pagaste,
que el dulce néctar del amor me diste
y dichoso me viste.

Tú que sentías como yo sentía, 105
que a un solo acento de mi voz gozabas,
que en lo secreto de mi pecho vías
y conmigo sufrías.

Tú, en cuyos brazos sin contar las horas
pasé la flor de mis lozanos días 110
embebecido en éxtasis glorioso
de deleite amoroso.

Adiós por siempre, el inhumano tiempo
nuestras delicias devoró enemigo,
segó mis dichas, sin cesar me aqueja 115
y de ti al fin me aleja.

- III -

Brotaron una lágrima los ojos
de Lara enternecido,
al despertar de nuevo las memorias
de tan cumplidas glorias, 120
del tiempo avaro míseros despojos;
cayó su mano de la dulce lira,
espiró el canto y su ánimo abatido
quedó en tristes ideas sumergido,
desde la orilla, acaso, alguna bella, 125
con inquieto mirar, siguió la huella
del bajel que volando se alejaba
y su esperanza y corazón llevaba.

Estancias

Heureux ceux qui n'ont point vu la fumée des fêtes de l'étranger, et qui ne se sont assis qu'aux festins de leurs pères!

Chateaubriand

Feliz aquel que de su patrio suelo
contempló sólo el halagüeño cielo
y libre de pesares,
vivió seguro del cariño amante
de la beldad que idolatró constante 5
en sus paternos lares.

Nacen sus días sin cesar serenos
de gozo puro y de esperanza llenos,
dulcemente halagados,
y, como en valle arroyo cristalino, 10
corren sin agitarse a su destino
por entre bellos prados.

El borrascoso mar de las pasiones

su corazón no mueve, ni ilusiones
de bien frágil y vano 15
brindan a su serena fantasía
de fugaces deleites la ambrosía
con fementida mano.

De la ambición se ríe prepotente
que se engolfa contino en la corriente 20
de la varía fortuna;
ni acibaran funestos desengaños
la dulcífera copa de sus años
con su hiel importuna.

¡Quién me diera los días venturosos 25
que a mi anhelo ofrecían deliciosos
placeres sin mudanza,
cuando todo a mi vista era risueño
y mi existencia grata un largo sueño,
de gloriosa esperanza! 30

¡Quién diera a mi agitado pensamiento
la dulce calma y el feliz contento
que disfrutaba un día!
¡Quién por lo bello el entusiasmo ciego,

la pasión noble y el divino fuego, 35
en que mi pecho ardía!

¡Quién sentir cual sentí, o el llanto largo
que embalsamaba el sentimiento amargo
del corazón herido!
Quién a mi juventud su lozanía, 40
¡Marchita en flor sin esperanza y fría!
¡Quién el ser lo que he sido!

¡Si al menos a piedad movido el cielo
con la angustia voraz diese el consuelo
del olvido a la mente! 45
Mas por siempre la imagen ilusoria
vaga del bien perdido en la memoria,
cual si fuera presente.

El astro de mi vida se ha eclipsado
y muerto a la esperanza, desolado, 50
el porvenir oscuro
aparece a mi vista, cual desierto,
o borrascoso piélago sin puerto
donde arribar seguro.

Mi corazón un tiempo palpitaba 55
al mirar la hermosura y adoraba
su irresistible encanto,
amó también y en amorosos lazos
se gozó insano y apuró en sus brazos
deleite sacrosanto. 60

Mas dísipose todo y la amargura,
el recuerdo fatal tan solo dura
y aviva el sentimiento
del triste corazón que aún inflamado
de amar, sentir o aborrecer privado 65
no halla, no halla alimento.

Todo he perdido; en mi insensata mano
las flores de la vida (soplo vano)
todas se han deshojado
Y confusos y atónitos mis ojos 70
sólo contemplan míseros despojos
del huracán pasado.

Ven a mis votos silenciosa muerte
y en reposo feliz la ansia convierte
con que me aqueja el tiempo y el destino, 75

ven me arrebata donde no se siente:

así cantaba de su patria ausente

por consolarse un triste peregrino.

- IV -

Luna naciente en el mar

Subir veo lentamente

la nítida y blanca luna.

Goethe

Velado el horizonte

de un capuz nebuloso,

purpúreos resplandores

nacen de entre su cerco tenebroso.

Con lentitud se avanzan

el espacio ocupando,
y los cielos y tierra
de luminosos rayos inundando.

Disípanse las nubes
del vasto firmamento, 10
que de nuevo se cubre
de variado y magnífico ornamento.

Y las estrellas mustias,
trémulas centellean,
y parece abandonan 15
el lobregoso alcázar que hermosean.

Coronada de luces
la luna se aparece;
cual reina de la noche
en su cerúleo trono resplandece. 20

Contémplase gozosa
en el mar transparente,
que mueve sus cristales
con majestad serena e imponente.

En calma la natura,
parece adormecida,
y su faz macilenta
a meditar al pensador convida.

Renacerá la Luna,
y tras ellas los días
circularán veloces,
llevándose las esperanzas mías.

- V -

Simpatía

Si lloras, lloro contigo;
alégrame tu contento;
lo mismo que sientes, siento.

Tirso de Molina

Cuando inciertos giras
esos ojos bellos
y que tus cabellos
flotan sin disfraz,
cuando mustia miras, 5
mi rostro se viste
con el velo triste
del pesar voraz.

Mas cuando halagüeña
contento respiras 10
y el aroma espiras
de lozana flor,
entonces risueña
se goza mi mente
y en pasión ardiente 15
me abraza el amor.

Así en tu alegría
mi seno palpita
y también se agita,
si sufres pesar; 20

así en armonía

vibran las pasiones

de los corazones

que saben amar.

- VI -

Recuerdo

In vain, alas! in vain.

Campbell

En vano busco la mujer hermosa,

imán de mi alma, que llenó mis días

de tiernas ansias, deliciosos sueños,

de amor y dichas.

La busco en vano, que doliente siempre 5

voz ominosa de la negra tumba

burla mi anhelo y me responde triste:
«Aquí se oculta».

Se oculta sí... ¿mas sempiterna noche
cubrirá el lecho do mi amor descansa? 10
¿No verá un ángel que moró en la tierra
la luz de otra alba?

Pero qué importa, si su imagen bella
mientras yo aliente vivirá en mi pecho,
do el aura aspira que a los serafines 15
destina el cielo:

hasta que airada la insaciable muerte
corte la trama de mi frágil vida,
una mis restos a los suyos caros
y todo extinga. 20

Profecía del Plata

Se conmueven del Inca las tumbas.

López

Cuando con garra impía,
audaz el león de Iberia y arrogante,
el nuevo mundo asía
y su fuerza pujante
dominaba en los piélagos de Atlante. 5

Cuando sus naos, preñadas
de avaricia y furor, lanzaba España
a las tierras domadas
y a las playas que baña
el raudo Plata a vomitar su saña. 10

El portentoso Río,
enfurecido al ver tanta osadía,
terrífico y sombrío
su ceño mostró al día

por revelar aquesta profecía. 15

«Tiranos alevosos
gozaos, gozaos en la obra pasajera
de designios odiosos,
que ya se acerca la era
a vuestro orgullo y suerte lastimera. 20

Gozaos sí, que esta tierra,
de vuestro cetro inicuo fatigada,
acudirá a la guerra,
y será quebrantada
vuestra arrogancia y a su vez domada. 25

Ya la lumbre fulgente
veo de mayo alzarse por la esfera
y la turba insolente,
que vuestra ley venera,
se aturde al verla cual si rayo fuera. 30

El Argentino entonces
tremola el estandarte victorioso,
y los tremendos bronces,
y el acero filoso

anima con su aliento rencoroso. 35

Las cadenas quebranta
que oprimen a la Patria moribunda
y su cerviz levanta
airada y tremebunda,
que conturba la hueste furibunda. 40

Su voz truena potente
y a los pueblos concita a la venganza
de todo el continente,
que acorren sin tardanza
a las furiosas lides y matanza. 45

Del Sud en las regiones
la libertad arbola su estandarte
y divinos blasones
a sus hijos reparte;
marcial aliento les infunde y arte. 50

¿No miráis cómo el trueno
que se enciende en mis márgenes de plata,
de muerte y rencor lleno,
por el Sud se dilata

y vuestros solios rompe y desbarata? 55

¿No escucháis cuál retumba
en los Andes con hórrido estampido,
y conmueve la tumba
del Inca que ofendido
del polvo se alza de furor ceñido; 60

y a sus hijos convoca
y a su progenie toda a la venganza
con su acento provoca,
que ardida se abalanza
al campo y vuela con espada y lanza? 65

¿No veis cuál se encamina
por el indiano suelo desprendiendo
mil rayos que fulmina,
a polvo reduciendo,
y a cenizas vuestro León tremendo? 70

Temblad, temblad tiranos
que oprimís a la América inocente,
con aceradas manos,
temblad, que ya el torrente

de asolación desata mi corriente. 75

Cual rayo amenazante
que de la parda nube se desprende
y ardiendo fulminante,
con ímpetu desciende,
deslumbra, aterra, despedaza, 80

así con saña airada
desplomará su furia y vehemencia
y será desquiciada
vuestra vana insolencia
caduco poderío, omnipotencia. 85

Y el vasto continente,
de vuestro vil dominio libertado,
gozará independiente
el venturoso hado
a su heroísmo y gloria reservado». 90

De mayo el sol brillante,
se mostró al Argentino y confundido

huyeron al instante
los bandos atrevidos,
por sus valientes haces perseguidos. 95

Y como astutos lobos,
que bravos cazadores acecharon
devorando sus robos,
al verlas se pasmaron
y la sangrienta presa abandonaron. 100

- VIII -

Imitación del inglés

Y con eterno eclipse
cubrió sus bellos ojos.

Lope de Vega

Salid, salid del pecho

sollozos y gemidos,
Del fatídico bronce
los lúgubres sonidos,
acompañen tan solo 5
el llanto y los suspiros.
Marchitose temprano
el rozagante lirio,
la cándida azucena,
del argentino río. 10
De sus hermosos ojos
el espléndido brillo,
la noche del sepulcro
por siempre ha oscurecido.
De su belleza rara, 15
de su candor divino,
de tantas perfecciones
no quedan ni aún vestigios.
¡Oh muerte inexorable!
¿Cómo, cómo has podido 20
destruir en un instante
este tierno arbolillo?
Él era de sus padres
la delicia y cariño,
la vida y la esperanza 25
de un corazón cautivo;
y cuando prometía

tantos frutos opimos,
te gozas inhumana
de un golpe en abatirlo. 30
Lloremos, pues, lloremos
el mísero destino,
de la flor malograda
del Argentino río.
Salid, salid del pecho 35
sollozos, y gemidos.
Y tú ángel que habitas
el estrellado Empíreo,
si nuestras ansias oyes,
contémplanos benigno 40
y ayúdanos un tanto,
con tu influjo divino,
a soportar tu pérdida
y el dolor que sufrimos.
Salid, salid del pecho 45
sollozos y gemidos.

El poeta enfermo

A mi hermano D. J. M. E.

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego
echaste el agua.

Jorge Manrique

El sol fulgente de mis bellos días,
se ha oscurecido en su primer aurora,
y el cáliz de oro de mi frágil vida
se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
mi vida yace moribunda y triste,
y el sacro fuego, inspiración divina
devora mi alma.

¡Don ominoso! En juventud temprana

yo me consumo, sin que el canto excelso, 10
eco sublime de mi dulce Lira,
admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas
me prometieron, y guirnalda bella
a la sien tierna de la Patria mia 15
yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta,
con mano impía, los frondosos ramos;
que el frío soplo de dolencia infausta
hiela mi vida. 20

Un foco inmenso de divinos ecos
mi alma era un tiempo, que al activo soplo
de las pasiones, exhalaba ardiente
voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego 25
la enardecía; el universo todo
armonizando resonaba en ella
cual laúd inmenso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;
ángel de muerte de mi Lira en torno 30
muere sus alas y suspira solo
fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,
como el son dulce de armoniosa Lira,
así la llama que mi vida alienta 35
veo extinguirse.

Adiós por siempre aspiraciones vanas,
vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
adiós del mundo lisonjeras glorias,
deleites vanos. 40

Adiós, morada de tiniebla y llanto,
tierra infeliz que la virtud repeles,
y desconoces insensata al genio
que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura 45
se halló oprimida; peregrino ignoto
por ti he pasado y sin pesar ninguno

de ti me alejo.

Lira enlutada, melodiosa entona
funeral canto, acompañadla gratas 50
musas divinas, mi postrer suspiro
un himno sea.

- X -

Deseo

Sub umbra alarum tuarum
Protege me.

Ps. XVI

Silencio, nada más, y no gemido
lágrimas o suspiros yo demando,
en el instante lastimero cuando

descienda helado a la mansión de olvido.

Jamás estéril llanto a la ternura 5
debió mi pecho en sus acerbos males,
sólo apuré los tragos más fatales
que me brindó la impía desventura.

Dormir, sin ser al mundo tributario,
quiero en la noche tenebrosa y fría, 10
sin que nadie interrumpa su alegría;
morir, como he vivido, solitario.

Tú, numen de infelices, Dios de olvido
que a la nada presides misterioso,
encumbre con tus alas silencioso 15
el sepulcro de un ser desconocido.

- XI -

Éxtasis

Et audivi vocem magnam

Apocalipsis

Cuando el sol reina en el cenit fulgente,
a la sombra sentado
de un álamo frondoso, tristemente,
por el cielo esmaltado
de diamante oro y plata, 5
mi pensamiento raudo se dilata.

Ante los ojos míos se anonada
el mísero planeta,
de llanto eterno y de dolor morada,
donde el mortal vegeta 10
en el piélago inmundo
de la ignorancia y del error profundo.

Más lejos que do estalla horrisonante
el trueno, se remonta,
más lejos que la esfera rutilante 15
que el águila transmonta,
y que la etérea cumbre

do no alcanza la necia muchedumbre.

Y en la eterna mansión de la armonía
y las esencias puras, 20
do reina inalterable la alegría
que anhelan las criaturas,
en éxtasis glorioso,
oye un coro de espíritus grandioso;

Y con ruido que al cántico supera 25
resonar, como trueno, un ronco acento,
que repite, vagando por la esfera;
«ven do reina el contento
y la gloria que anhelas ¡oh Poeta!
deja ese triste y mísero planeta». 30

- XII -

Ruego

Inclina aurem tuam ad precem meam.

Ps. 87.

En ti Señor confío,
a ti mi Dios me entrego;
mi humilde y triste ruego,
Implora tu piedad;
no mires con desvío 5
mi llanto y amargura,
que aunque mi alma está impura
no abriga la impiedad.

Mi espíritu se humilla
a tu divina planta, 10
y su dolor levanta
esperanzado a ti;
acoge la sencilla
plegaria que te envía
Señor, y tu faz pía 15
vuelve un instante a mí.

Henchido de pasiones

mi corazón demente,
se abandonó al torrente
del mundo seductor; 20
mas ya, sus ilusiones
falaces desdeñando,
se vuelve a ti implorando
consuelo en su dolor.

Si algún tiempo embriagado 25
de deleites mundanos
los tuyos soberanos
insensato olvidé,
perdona a un descarriado,
que buscando hoy ansioso 30
tu bálsamo precioso
va en alas de la fe.

Soy pecador indigno;
pero mi alma sincera
arrepentida espera 35
en tu inmensa bondad;
contempla, pues, benigno
Señor y no indignado
a quien atribulado
se acoge a tu piedad. 40

De dolor consumido,
de angustias y dolencia
tu divina asistencia
necesito Señor;
leranta mi abatido 45
corazón, vuelve a mi alma,
vuelve la dulce calma
que le roba el dolor.

Atiende a tu criatura
que mísera fenece, 50
sus penas adormece,
escucha su clamor;
pues en mar de amargura
se anega mi existencia,
Mírame con clemencia 55
Aunque soy pecador.

Contestación

A D. J. T.

¡Ah! ya agostada
siento mi juventud, mi faz marchita,
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.

Heredia

Feliz tú que de bellas ilusiones
sin cesar halagado, a las visiones
inefables del alma,
Librar puedes tu ardiente fantasía,
y de éxtasi embriagar y de armonía 5
tu corazón en calma.

Feliz tú que aspirando el aura pura
del majestuoso Plata, la hermosura
contemplas de la luna,
que asoma melancólica su frente, 10

como gentil beldad que de amor siente,
la congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,
oyes sólo el susurro misterioso
de las olas serenas, 15
que al rayo de la luna resplandecen,
y en cadencia armoniosa se adormecen
sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo
hasta el trono de Dios levanta el vuelo, 20
y olvidada del mundo
escucha la armonía soberana
que de su eterna gloria eterna mana
cual venere fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente 25
en esa viva, inagotable fuente,
que al universo anima,
y con alas de fuego divagando
el infinito abarca y remontando
más y más se sublima. 30

¡Quién como tu pudiera, el pecho lleno
de esperanza y de fe, por el ameno
camino de la vida
espaciar sus miradas halagüeñas,
y ver por todo imágenes risueñas, 35
como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora
dulce amor y amistad consoladora,
tesoros celestiales;
y al son de la hechicera melodía 40
derramar esperanza y alegría
en los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú que atrás dejando
un pasado feliz y contemplando
el porvenir brillante, 45
un mundo de esperanzas y delicias
ante tus ojos ves y no codicias
nada al vulgo anhelante!

Mi juventud también tuvo visiones
de ambición y de gloria y mil pasiones 50
terribles la agitaron;

amor fue su delirio y su ventura,
y en brazos apuró de la hermosura
delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba 55
el feroz huracán de cumbre altiva,
al impulso violento
de las fieras pasiones, abatida
cayó mi juventud que sólo vida
tiene para el tormento. 60

¡Oh si en himnos de excelsa poesía
yo pudiera el torrente de armonía
exhalar de mi pecho,
o en tristes tonos modular y suaves,
de mi fiero dolor las ansias graves, 65
las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía
al eco de la tuya se uniría
en soberano coro,
y esos pechos de bronce casi yertos 70
se animaran acaso a los conciertos
de nuestra lira de oro.

Pero vano delirio, mi destino
es batallar con el dolor contino
hasta que suene la hora; 75
y consumirme en agonía lenta,
como el ave inmortal que si alimenta
fuego que la devora.

- XIV -

La historia

Fragmento

A D. J. M. G.

There is no hope for nations! -Search the page
of many thousand years-the daily scene,
the flow and ebb of each recurring age,
the everlasting to be which hath been,

hath taught us nought or little:

Byron

> *No hay ya esperanza para la naciones. Recorred las páginas de los siglos ¿qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades, y esa eterna repetición de acontecimientos? Nada o muy poco.*

Encantada y atónita mi mente
registra los anales de los siglos,
que pregona la fama más gloriosos,
y del pasado tiempo y del futuro
el tenebroso velo 5
Quiere rasgar en su impaciente anhelo.

Monumentos, pirámides alzadas
por el humano orgullo en su demencia,
fatídicos emblemas esculpidos
por manos mercenarias y serviles, 10
que adulación respiran
y vergüenza y oprobio sólo inspiran.

Todo interroga, y a la vez responden,
con dolorosos gritos que estremecen,
los mármoles, los pueblos y los tiempos: 15
que ignorancia y miseria sempiterna,
inevitables males
son la herencia fatal de los mortales.

Con lívido semblante y torvo ceño
sus pasos gira en rededor del orbe 20
el tiempo inexorable, como fiera
famélica, sedienta, enfurecida,
que sus hierros quebranta
y mueve libre su sañuda planta.

Sin cesar marcha y donde quier imprime 25
su gigantesta mole el pie tremendo,
monumentos humildes y arrogantes
tiemblan y caen y desparecen luego;
lo fértil y lozano
se seca y muere entre su yerta mano. 30

Allí donde se muestra portentosa
la vanidad del hombre y la pujanza,

apresurado acorre sepultando,
con baldón de su orgullo, en el abismo
profundo de la nada, 35
dioses y templos y soberbia airada.

De asolación y llanto se alimenta:
ni la acerba agonía, ni los ayes,
del que cansado de esperar fenece:
ni los férvidos ruegos que a herir suben 40
los dombos celestiales,
nos libran de sus garras infernales.

Las ciencias y las artes más sublimes,
los héroes y los genios que lograron
legar vano renombre a un mundo vano, 45
nuestros desvelos todos, nuestra vida
¿Qué son?... Tristes despojos
consagrados en ara a sus enojos.

Míseras ruinas que otro tiempo alzasteis
vuestra soberbia frente hasta las nubes, 50
en hombros del orgullo y la demencia,
al cielo y a la tierra amenazando,
arbitras de memoria,

respondedme ¿qué fue de vuestra gloria?

Lisonjeros relámpagos de fama, 55
prosperidad voluble y pasajera
gozaron las naciones un momento
mas voraces de bien las negras furias
del averno salieron,
y en el olvido eterno lo sumieron. 60

¿Dónde está Egipto y el saber y nombre,
que fueron maravilla a las edades,
y con eco monótono la historia
trasmite sin cesar de siglo a siglo?
Un instante brillaron 65
y en el caos de los siglos se engolfaron.

¿Qué importa que pirámides tuviese
con el sudor de esclavos fabricadas?
Que derramando el Nilo sus corrientes,
del limo fecundante enriquecidas, 70
sus comarcas bañase
y próvida la tierra se mostrase?

Si el mísero habitante embrutecido

por astutos hipócritas, ya sabios,
de religiosa máscara encubiertos, 75
yace sumido en fanatismo astroso,
y se humilla postrado
ante el ídolo torpe encadenado.

Los altos muros de Pelusa vieron
las pérsicas falanges extenderse 80
de inmundos animales precedidas;
el Egipcio los ve, se hinca a adorarlos,
y sus armas entrega,
y su cerviz al opresor doblega.

En días de esplendor el Asia tuvo 85
imperios que a la tierra conturbaron,
y allí encontró la adulación rastrera
en coronados asesinos héroes,
y allí tembló el Romano
al renombre de un solo soberano 90

¿Mas qué fue de la fuerza y poderío
que al universo atónito asombraron?
Todo entre pompa feneció y deleites,
y aún el vigor del alma -allí ora esclavos

y molicie contemplo 95
entre las ruinas para grande ejemplo.

La Grecia libre fue de los tiranos
el inclemente azote justiciero,
y el foco de las luces y la gloria;
mas también a su vez la devoraron 100
la monstruosa anarquía
y la nefanda inicua tiranía.

Platea, Maratón y Salamina,
fueron vanos y estériles trofeos
a un ídolo sin culto consagrados 105
por un pueblo ambicioso y corrompido
que al oro de un proterro
se vendió con baldón y se hizo siervo.

Al ostracismo fulminó la envidia.
Y los brazos tremendos que en mil lides 110
las pérsicas falanges deshicieron,
sin patria, sin asilo, fugitivos,
inermes mancillaron
la gloria de la patria que salvaron.

Como huracán violento que repente, 115
se desata furioso en negra noche
de la sirte volcánica rugiendo,
y por el ancho espacio se dilata,
do quier despedazando
y estrago y ruinas y terror sembrando; 120

así el Águila audaz de los Romanos,
henchida de ambición y de pujanza,
con alas de terror cubre la tierra,
desolando, aterrando las naciones,
que doblan la rodilla 125
ante el fatal poder que las humilla.

Y altiva sobre ruinas asentando
en Asia, África, Europa los cimientos
de un imperio que eterno juzgaría,
con escarnio y baldón del universo, 130
ve desde el capitolio
medio mundo rendido ante su solio.

Pero a la vez los pueblos, fatigados
de la inicua opresión e indigno yugo,

sacuden la cerviz con fiero brío, 135
y se derroca al suelo que abrumaba
el inmenso coloso,
con estallido horrendo y espantoso.

Sobre su informe cuerpo los enjambres
de bárbaros se ceban, vengativos 140
como plagas de Dios que impele el soplo
de la muerte; lo escarnian, lo despojan,
y dan para escarmiento
hecha cenizas su corona al viento.

Ya victores no suenan en el foro, 145
ni poderosos reyes, ni caudillos
en la sangrienta lid avasallados,
o con perfidia negra seducidos,
el triunfador bizarro
arrastra en pos de su vistoso carro. 150

Do en otro tiempo el Águila soberbia
desplegaba sus alas sobre el mundo,
do asentaba sus bases el Olimpo,
do triunfó Manlio del impío Galo,
ya la tiara se ostenta 155

y al universo oprime y amedrenta.

El fanatismo entonces, cual si averno
lo forjara gigante en sus furores,
más terrible, más cruel, más sanguinario,
que cuanta plaga el mundo en sí encerrara, 160
encendió las naciones
que tremolan de Cristo los pendones.

Y su férvida lava derramando,
como un Etna, de Europa en las comarcas,
en tropel despertaron de los hombres 165
por religioso celo aguijoneadas,
las inmundas pasiones,
y al crimen arrastraron las naciones.

En Oriente desatan furibundas,
su saña, su ambición y fanatismo, 170
las cristianas legiones por enjambres,
el blasón de la cruz y omnipotencia
aleves proclamando,
y el inclemente acero fulminando.

De sangre se atosigan, sobre montes 175

de ruinas y cadáveres caminan,
Sembrando, como el Ángel de la muerte,
do quier desolación, y recogiendo,
para homenaje santo
del Dios que vilipendian, sangre y llanto. 180

Los fieles del Islam vuelan, henchidos
de fanático ardor, a poner dique
al torrente impetuoso que amenaza
asolar de Mahoma el templo augusto;
y anhelando venganza 185
provocan al cristiano a la matanza.

Huye por fin el temerario bando,
que arrastró el fanatismo a mil maldades,
como fatal meteoro de la saña
huye del huracán, dejando sólo, 190
en su huella sangrienta,
padrones indelebles de su afrenta.

En tremendo luchar, por largos siglos,
procuraron su ruina mutuamente
fascinados los pueblos, las naciones, 195
y barbarie ominosa, sangre, muerte

y despotismo inmundo
inundaron los ámbitos del mundo.

Por largos siglos fanatismo y creencia
la tierra avasallaron, cual dos furias, 200
y entre fango de males sumergida
se encontró la razón, de donde fuera
el hombre descarriado
en el volver del tiempo arrebatado.

En las fojas fatídicas del tiempo, 205
con sanguinosas letras está escrito,
este fallo terrible del destino:
«Inacabable mal, mal sempiterno
pesará sobre el mundo
y la precita raza del profundo». 210

Sin que pueda valerle la soberbia,
ni el doloroso llanto, ni los ayes
para acallar su pálida conciencia,
al hombre que azorado, del vil lodo
la cabeza levanta, 215
y el inapeable abismo ve a su planta.

- XV -

Adiós

a D...

Ton souvenir sera, dans mon âme attendrie,
comme un son triste et doux qu'on écoute longtemps.

V. Hugo

No quiere tierna amiga
la fortuna enemiga
puerto a mi vela dar,
y en frágil barca nueva
peregrino me lleva
por borrascoso mar.

De nuevo separado
me voy acongojado
lejos de ti a vivir;
sin verte, sin hablarte,
sin poder consolarte;
que es fuerza hoy el partir.

Cuando fatal desdicha
el astro de tu dicha
en su oriente eclipsó,
con la eterna lazada
de la amistad sagrada
mi alma a la tuya unió.

Entonces, pío el cielo,
quiso que algún consuelo
yo diese a tu dolor,
y entonces fui dichoso...
Mas ¡ah! que ya envidioso
me aleja de tu amor.

Me aleja sí, importuno, 25
donde placer ninguno
sin ti no encontraré;
donde en ausencia larga,
a mi tristeza amarga
consuelo no hallaré. 30

Pero no importa, pura
tu imagen, mi ventura
siempre, querida, hará,
y, cual benigna estrella,
consoladora y bella 35
do quier me alumbrará.

Adiós mi tierna amiga;
ya la barca enemiga
se afana por partir;
adiós, volveré a verte 40
si el soplo de la muerte
no apaga mi vivir.

- XVI -

Crepúsculo en el mar

Antes de expirar el día
vi morir a mi esperanza.

Zárate

Allá en el horizonte el rey del día
su frente hunde radiosa,
y por el vasto espacio va flotando

su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes 5
se adorna el firmamento,
que entre negros celajes se confunden
en su brillante airoso movimiento.

Y poco a poco sus inmensas alas
la noche va extendiendo, 10
y con manto de duelo los adornos,
y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
ven la imagen sombría,
de la esperanza que los sustentaba, 15
desvanecerse con la luz del día.

Y la hora en que yo veo de mi vida
la trama deshacerse,
y el porvenir glorioso que la halaga,
como el cielo entre sombras esconderse. 20

En que yo digo adiós a la esperanza,
y a los gozos del mundo,
y con incierto paso y sin vigía
marcho por un desierto tremebundo.

En que mi aurora fúgida contemplo 25
sin lucir disiparse,
y las lozanas flores de mi vida
sin exhalar perfume deshojarse.

En que a la vez mis bellas ilusiones
toman cuerpo, se abultan, 30
tocan la realidad, y desmayadas
en crepúsculo negro se sepultan.

- XVII -

Mi destino

Oui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil,
Jeune, je m'éteindrai, laissant peu de mémoire.

V. Hugo

Presa de mil dolencias,
el corazón marchito,
a veces angustiado
me concentro en mí mismo,
y voz secreta escucho
decirme estremecido:
«En juventud temprana
morir es tu destino».

«Antes que el lauro sacro
se entrelace y el mirto
en tu lozana frente,
sufrirás el martirio
que al que nació poeta
reserva el hado impío:
que en juventud temprana
morir es tu destino».

De Prometeo el fuego
arde en mi seno altivo,
un buitre despedaza
mi pecho enardecido,
y mi existencia llena
de angustias y conflictos
que en juventud temprana
morir es mi destino.

A cada instante veo
el tenebroso abismo
de la tumba a mi planta,

y el pensamiento mío
replega al contemplarlo
sus alas abatido: 30
que en juventud temprana
morir es mi destino.

Con el mirar profundo
de espíritu divino,
mi genio el universo 35
abarca y lo infinito;
pero voz ominosa
me repite al oído:
que en juventud temprana
morir es mi destino. 40

Como la flor del campo
que el inflamado estío
agosta en el momento
de desplegar sus visos;
así se han marchitado 45
mis juveniles brios:
que en juventud temprana
morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase
de fuego peregrino 50
mi pensamiento el cielo
si soplo fugitivo,
exhalación errante,
al nacer ya me extingo?
¿Si en juventud temprana 55
morir es mi destino?

Mi corazón desmaya
de dolor consumido,
y mis fugaces días,
sin ostentar su brillo, 60
se eclipsan y descienden
a la mansión de olvido:
que en juventud temprana
morir es mi destino.

- XVIII -

La melodía

Sweet music.

Shakespeare

Hubo, una melodía,
que hechizó el alma mía
en albor más lucido,
y con su halago
supo el estrago 5
reparar de mi pecho entristecido.

Dudo si eran divinos
us ecos peregrinos,
o de mortal criatura;
porque su influjo 10
en mí produjo
inefables delirios de ventura.

Su melífluo sonido
halagaba mi oído
de una aurora a otra aurora; 15
cuando dormía
también la oía,
semejante a una voz consoladora.

Pasaba como un sueño
delicioso y risueño 20
mi juventud lozana;
edén hermoso
y deleitoso
era la tierra para mi alma ufana.

Mas ¡ay de mí! temprano 25
un pesar inhumano
me anunció otro destino:
escuché atento,
ningún acento
a endulzar mi dolor entonces vino. 30

Así de noche larga
y soledad amarga,
yo me encuentro cercado;
no hay alegría,
ni melodía 35
para mi triste corazón burlado.

- XIX -

Los recuerdos

Romance a Delmira

Te me apareciste, como un ángel benigno enviado para llevarme desde los inocentes días de mi infancia, hasta la sublime cumbre de la existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazón, y mi primer sentimiento fue un inefable regocijo.

Schiller

De los primeros amores
¡Oh cuán dulce es el recuerdo!
¡Como su risueña imagen
vierte en el alma consuelo!
Mi corazón desdichado 5
flota en un mar de tormentos
Delmira; mas tu memoria
templa sus males acerbos.
Cuando la negra tristeza

tiende sobre mí su velo, 10
y de fantasmas sombrías
circunda mi pensamiento:
cuando el recuerdo terrible
de mil aciagos sucesos,
viene cual nube cargada 15
de tormenta, horror y truenos,
a atribularme en mis ansias
y hacer mi dolor más fiero;
tu imagen se me aparece,
como en páramo desierto 20
al caminante perdido
verdoso y florido otero;
y la fantasía entonces,
con las alas del deseo,
me transporta enajenada 25
a aquel delicioso tiempo,
en que por la vez primera
te ví, como ángel del cielo.
El bozo empezaba apenas
a adornar mi labio tierno; 30
eras tú rosa en su aurora,
éramos niños recuerdo,
y de rubor inocentes
palpitaron nuestros pechos
de simpática ternura, 35
de amante júbilo al vernos.
Turbáronse nuestros rostros
y se reveló el misterio:
nació el amor ignorado,
y el amor habló en silencio. 40
Tu imagen bella de entonces
quedó grabada en mi seno,
y una agitación extraña,
llena de dulce embeleso,
se amparó de mis sentidos 45
dejó los frívolos juegos
de la niñez y embebido
sólo en tí mi pensamiento,
do quier hallaba el encanto
de tu semblante halagüeño, 50
do quiera de tus miradas
aquel imán hechicero.
Día y noche me seguía
tu imagen en el paseo,
en el bosque, en la campaña 55
y aún en mi tranquilo lecho.
Mi juvenil existencia
era un deleitoso sueño,

de glorías desconocidas,
de esperanzas y deseos. 60
Días felices ¡cuán pronto
para mi mal fenecieron,
dejándome circundado
de desolación y tedio!
A amar juntos aprendimos, 65
amor por dulces senderos
nos llevó en sus alas de oro
y nos enseñó sus juegos.
¿Te acuerdas, Delmira, el día
que nos hablamos primero, 70
cuan alegre y fácilmente
nuestras almas se entendieron?
¿Recuerdas, Delmira mía,
aquellos dulces momentos
que pasábamos alegres 75
en inocentes recreos?
¿Te acuerdas de los regalos
con que tu cariño tierno
recompensaba del mío
el incesante desvelo? 80
¿De las citas misteriosas?
¿De aquel albergue secreto
donde tu boca y la mía
se unieron con dulce beso?
De nuestros rubores y ansias, 85
nuestro tímido recelo,
la precaución inocente
y el cariñoso misterio?
Sobre todos, de aquel día,
día feliz y supremo, 90
en que por hechizo oculto
nuestros suspiros se unieron,
sin saber como atraídos
se tocaron nuestros senos,
ligáronse nuestros brazos 95
con nudo de amor estrecho;
trémulo tu labio ardiente
aplicó al mío su fuego,
se abrasaron mis sentidos
de amor en el grato incendio, 100
y a mis ojos y a los tuyos
se anonadó el universo.
-Todo pasó, dulce amiga,
todo pasó en fugaz vuelo,
Sólo queda la memoria 105
de aquel venturoso tiempo.
La edad vino a amonestarnos

con su semblante severo;
separarnos fue preciso
y seguir caminos nuevos. 110
Adiós amores, de entonces,
juveniles devaneos
de dos almas inocentes
que para amarse nacieron.
Llorando y con dulce abrazo 115
dimos el adiós postrero
al aire, y nuestros suspiros,
nuestras ansias llevó el viento.
Tomó mi mano el destino
y de mis lares paternos 120
me arrebató, y en el mundo
me lanzó con furia luego.
He flotado en él sin guía,
cual frágil náufrago leño,
sin encontrar en camino 125
grato asilo o manso puerto:
mil tormentas he sufrido,
que en el voluble elemento
de las inquietas pasiones
me engolfé fogoso y ciego. 130
No he sucumbido a sus furias;
pero mi cuitado pecho
por siempre, amiga, ha perdido
la dulce paz y el sosiego,
y despojado, en su aurora, 135
de los prestigios risueños
de la vida, a la esperanza
y aun al amor yace muerto.
Sola tú, tú sola puedes
de mi alma en el caos horrendo, 140
hacer brillar un instante
lampos de fugaz consuelo.
Tu imagen bella, a mis ojos,
como la estrella de Venus
en desatada tormenta 145
se muestra al triste nauclero,
aparece en los conflictos
de mi triste pensamiento,
aplaca un tanto las iras
de mis pesares acerbos, 150
y exclamo entonces lloroso:
«Ángel de amor y consuelo
no apartes tu luz divina
de mi espantoso desierto:
mi corazón desdichado 155
flota en un mar de tormentos

Delmira, mas tu memoria
calma su dolor funesto».

- XX -

Imitación del inglés

Sing willow.

Shakespeare

Cantad el sauce.

- I -

Al pie de un sauce Laura suspiraba,
acongojada y llena de dolor,
y al aire vano estos acentos daba:
cantad el sauce y su mustio verdor.

El manso arroyo, acaso enternecido, 5
Mezclaba sordo su fugaz rumor
a los sollozos de su pecho herido:
cantad el sauce y su mustio verdor.

Lágrimas tristes, sin cesar, y puras
lloraba en vano, lágrimas de amor, 10
que aun ablandaran a las piedras duras:
cantad el sauce y su mustio verdor.

- II -

«Tu color mustio place a mi amargura
sauce querido, sauce del amor,
serás mi adorno y sola compostura:
cantad el sauce y su mustio verdor».

«No le increpéis su injusta alevosía,
yo le perdono su fatal rigor;
causa es amor de la desdicha mía:
cantad el sauce y su mustio verdor».

«¿Por qué me dejas?» -en mi cruel despecho
dije al ingrato; y respondió traidor:
«A otro amor abre como yo tu pecho»:
cantad el sauce y su mustio verdor.

Sus tristes ayes se llevara el viento,
nunca de Laura más se oyó el clamor,
y nadie dijo desde aquel momento,
cantad el sauce y su mustio verdor.

- XXI -

A la independencia argentina

Independencia al suelo americano.

Luca

Prestadme o sacras musas
vuestro divino aliento,
prestadme aquel acento

que resuena en los coros celestiales,
y haré que el corazón de los mortales, 5
de entusiasmo arrobado,
palpite como el mío en el instante,
y que ensalcen los libres el gran día
en que la patria mía
independiente, al fin, y soberana, 10
llena de gloria respiró triunfante.

Ni el trueno aterrador que se desata
de los preñados senos de la nube,
y retumbando fragoroso sube
y por el ancho espacio se dilata, 15
al espíritu flaco aterra tanto;
ni el mortífero rayo desprendido
del bronce comprimido,
que hiende por las filas y escuadrones,
con zumbido terrible, 20
es al débil soldado tan temible,
como son a los viles opresores
los vivas y clamores
que del foro argentino se levantan,
con tumultuoso grito y vehemencia, 25
alegres proclamando independencia;
y nada es tan gozoso
a los hijos del Plata
como el día de Julio venturoso.

Pudo en los siglos de ignorancia torpe, 30
en que el hombre adormido
sus sagrados derechos olvidaba,
con el salvaje bruto confundido,
dominar arrogante el despotismo;
mas luego que la ciencia 35
al espíritu humano iluminara
audaz se levantó la inteligencia,
y el coloso infernal que la abrumara
derrocose, humillado, al hondo abismo.

Así do quier los simulacros viles 40
de la opresión cayeron;
pues los humanos pechos, quebrantando
los vínculos serviles,
que su elación divina comprimían
en sacrosanto fuego se encendieron. 45

La libertad prendió en los corazones,
y do quier las estúpidas pasiones
al despotismo aciago entronizaron,
los rayos refulgentes
de los pechos ardientes, 50
que de divino soplo eran movidos,
al fiero despotismo destronaron.

Así fue en Grecia y Roma;
y en las comarcas todas de la tierra,
en incesante guerra, 55
la libertad al despotismo doma,
y do quiera que asoma
aquella victoriosa
las ciencias y las artes en las alas
del genio prepotente se sublíman, 60
ostentando sus galas,
y todo es gloria, paz; felicidades,
y el genio de la guerra furibundo
su aterradora faz y sus maldades
hunde allá en los abismos del profundo. 65

Sólo entonces, inspirando
las musas al poeta, lanzó el canto
su profética voz por todo el orbe,
a los siglos atónitos marcando
sus futuros destinos, 70
y en versos peregrinos
los prodigios del genio eternizando.

Cantemos, pues cantemos
la independencia de la patria amada,
y con voz acordada, 75
a la aurora de julio celebremos.
Cantemos el gran día
que vio nuestras cadenas quebrantadas,
y del león humilladas
la arrogante cerviz y valentía. 80
Cantemos la agonía
del monstruo que oprimiera
la América inocente entre sus manos,
por tres centurias, y a la tierra diera
el ejemplo inaudito, en un instante, 85
del instable poder de los tiranos.

Cantemos el momento
en que a la faz del mundo y de la Patria,
con encanto juramos,
vivir independientes, 90
o con la sacra libertad valientes,
exhalar antes el postrer aliento.
Así el cóndor ostenta su alegría,
cuando con libertad gira su vuelo
por el inmenso cielo; 95
así el león en los bosques espaciosos,
con hórrido bramido,
y los seres que encierra el universo,
en su tosco lenguage no aprendido,
himnos entonan saludando el día 100
en que finó su largo cautiverio:
así lo canta el hombre que el imperio
sufrió de la opresión y tiranía.

- XXII -

Mi estado

Il est chez les vivants comme une lampe éteinte.

Hugo

Cual sombra vana, mis lozanos días
se han disipado, y ni vestigios quedan
de lo que fueron en su bella aurora,
mis verdes años.

Nada ha quedado a mi existencia frágil 5
mas que la herida del pesar tirano,
nada que pueda a mi infortunio triste
darle consuelo.

Como fantasma tétrico y sombrío
sin esperanza vago entre los hombres; 10
ningún prestigio o juvenil halago
brilla en mi frente.

Nada yo espero en el desierto mundo,
nada que endulce mis amargas penas,
y desolado el corazón marchito 15
ni aún amor siente.

¡Oh si sintiera cual sintió otro tiempo!
Amor al menos en el pecho triste
vierte halagando, como sierpe astuta,
dulce veneno. 20

Sólo el reposo de la tumba aguardo;
pero la muerte de mis crudas ansias,
ríe inclemente y a mi amargo lecho
lenta se acerca.

Cuento los días de aflicción cargados, 25
cuento las horas de pesar exentas,
y veo entonces que mejor sería
no haber nacido.

Pronto despojo de la muerte fiera
será mi cuerpo que en angustia gime, 30
dulce alimento a reptiles inmundos,
pasto a guzanos.

Y el fuego sacro que mi mente llena,
ansia sublime, inspiración divina,
don de las musas, como frágil humo, 35
va a disiparse.

Cuántas pasiones abrigó mi pecho,
cuánto elevado sentimiento cupo
en mi alma noble, a convertirse vuelven
en polvo y nada. 40

- XXIII -

El impío

Dixit insipiens in corde suo:
Non est Deus.

Ps. LXXXVIII

Se alzó del polvo en noche tenebrosa,
en medio del gentío,
orgulloso el impío
blasfemando de Dios: cual ponzoñosa
sierpe, letal veneno, 5
lanzó impiedades de su inicuo seno.

No hay Dios, dijo primero el arrogante;
que todo cuanto encierra
el universo y tierra
lo produjo el caos en un instante 10
de su seno profundo:
el padre fue del universo mundo.

Y levantando entonces el erguido
y viperino cuello,
erizado el cabello, 15
con corazón maligno y pervertido,
toda justicia hollando,
marchó seguido de ominoso bando.

El odio, la injusticia, la asechanza
astuta precedieron 20
sus pasos y nacieron,
de su infernal y tenebrosa alianza,
mil monstruos en su seno
de criminales apetitos lleno.

Se embriagó de maldades engreído,
sin temor el impío,
soltando a su albedrío
libre freno, y clamando fementido:
«No hay Dios no que me vea,
y juez supremo de mis obras sea».

Mas tú le oíste ¡Oh Dios! y tu tremenda
ira lanzaste luego,
y como paja al fuego
despareció el impío, que en horrenda
angustia, maldiciente
blasfemaba tu ser omnipotente.

- XXIV -

Él y ella

A D. F. C. B.

¡Quién podrá el lazo romper
que sus corazones liga!
¡Ni menos desconcertar,
de sus almas la armonía!

Schiller

- I -

ÉL

Cuando en tu seno reclinado me hallo,
mi dulce amiga, el universo olvido,
ni siento el peso abrumador del tiempo,
ni la fatiga.
Tú eres la estrella que mis pasos guía
en el camino del desierto mundo,
y de tu lumbre el esplendor divino
siempre me halaga.
Tú eres la imagen que en mis sueños veo;
tú eres el ángel tutelar que guardas,
del genio adusto que mis pasos sigue,
mi triste vida.
Cuando, el encanto de tu rostro bello,
encubre el velo de melancolía,
el astro hermoso que en la noche reina
tú me pareces.
Mas si en tu frente la sonrisa vaga,
si amor respiran tus ardientes ojos,
eres la aurora que halagüeña ríe:
todo alegrando.
El suave aliento que tu pecho exhala
es para mi alma como el grato soplo,
que reanima del estéril yermo
la flor marchita.

ELLA

Cuando reclinada me hallo
sobre tu amoroso seno,
dueño mío, ante mis ojos
se anonada el universo.
Tú eres la hechicera imagen
que en todas partes yo veo,
el bello sol que me alumbra
y de mi alma el claro espejo.
Sin ti los días me fueran
enojosos y molestos,
con tu presencia los años
pasan en rápido vuelo.
Cuando de mí te separas,
con alas de ser etéreo,
por donde quiera te sigue
mi amoroso pensamiento;
y mientras sólo suspira
mi corazón de amor lleno,
para aliviar mi congoja,
pensando en ti me deleito,
y me digo, yo a mi misma:
vuelve mi amor, vuelve luego,

el corazón me lo dice
que adivina mi deseo.
Tu hablar es dulce a mi oído,
como el melodioso acento 50
del ruiseñor en el bosque,
do reina el mudo silencio.

ÉL

Cuando de mi triste pecho
la desolación se ampara,
y de mi mente se aleja 55
la imagen de la esperanza;
cuando el infausto recuerdo
de las terribles borrascas,
que han agitado mi vida,
viene a redoblar mis ansias, 60
y en mi pecho se despiertan
las pasiones inflamadas,
que para siempre alejaron
la felicidad de mi alma:
tú eres el iris que vuelve 65
a mi corazón la calma,
disipando las tinieblas
que me atribulan y asaltan.

ELLA

Cuando en tu frente serena
la dulce sonrisa vaga, 70
y se disipan las sombras
que la oscurecen infaustas;
cuando tus ardientes ojos,
con halagüeña mirada,
como buscando su centro, 75
sobre los míos le clavan,
manifestando expresivos
la luz espléndida y clara,
del contento y la alegría
que fugaz por tu alma pasa: 80
ningún pesar me atormenta,
ningún cuidado me asalta,
y la inefable ventura
del Serafín goza mi alma.

ÉL

Cuando la aciaga memoria 85
de mis pasadas desdichas,

viene a inflamar de mi pecho
las sanguinosas heridas,
y a derramar en mi mente
mil imágenes sombrías; 90
la tuya se me aparece,
angelical y divina,
se desvanecen al punto
las visiones enemigas,
y yo me digo: «Ella me ama 95
¿qué importa un mar de desdichas?»

ELLA

Cuando pienso que en tu pecho
idolatrado se abriga
el cruel pesar devorando
al nacer todas tus dichas, 100
lloro lágrimas amargas,
y me digo, entristecida:
si mil vidas yo tuviese
por verle feliz daría,
mas ya que no está en mi mano 105
poder sanar las heridas
de su corazón a amarlo
quiero consagrar mis días.

ÉL

Cuando el soberano vuelo
alza mi espíritu altivo, 110
y en mi corazón rebosan
mil armónicos sonidos;
tú eres el numen que inspira,
consolador y propicio,
a mi cítara sonora 115
el canto excelso y divino.

ELLA

Cuando cantas inspirado,
en tono triste y sombrío,
tú me pareces un ángel
en la tierra peregrino, 120
que sus infortunios llora,
y tus conciertos melifluos
en mi corazón resuenan
como seráficos himnos.

ÉL

Tú me hiciste amar la vida
que aborrecí en mi despecho,
y disipaste la noche
de mi espíritu desierto.

ELLA

Tú embelleciste mis días,
llevándolos por sendero
de delicias y de flores;
vida y cariño te debo.

ÉL

Mas vivirá tu memoria,
Celia, divina, en mis versos.

ELLA

Aún mas allá de la muerte
tú vivirás en mi pecho.

ÉL

Vivirán tus perfecciones.

ELLA

Será nuestro amor eterno.

- II -

ÉL

Ven dulce amiga al monte,
y a la fresca enramada
de sauces coronada,
de mirtos y laurel;
ven, que el astro del día
glorioso reverbera
en la inflamada esfera;
ven, dulce amiga, ven.
Ya los pájaros cantan
con dulce melodía,
y todo es alegría

amor, delicia y bien;
ya la tórtola tierna,
con lánguido gemido,
halaga a su querido;
ven, dulce amiga, ven.
Con elocuentes voces,
todo hoy en la natura
a gloria, y a ventura
convida, y a querer.
Estos cortos instantes
de vida aprovechemos,
amemos y gocemos;
ven, dulce amiga, ven

Ven, dulce amiga, al monte,
y a la fresca enramada
de sauces coronada,
de mirtos y laurel;
ven, y allí respirando
el ámbar de las flores,
hablaremos de amores;
ven, dulce amiga, ven.

AMBOS

Las delicias que ofrece la vida
apuremos, burlando al dolor,
que la muerte devora homicida
los deleites y glorias de amor.
Ten ¡oh tiempo! tu rápido vuelo,
déjanos un instante gozar;
sed propicio una vez al anhelo
de dos seres que saben amar.
Infelices bastantes te imploran
en la tierra con largo gemir,
vuela, vuela para ellos que lloran,
déjanos nuestra dicha sentir.
Déjanos un momento siquiera,
los pesares amando olvidar,
y sin sombra fatal a la esfera
del amor y la dicha volar.
Las delicias que ofrece la vida
apuremos, burlando al temor:
toda gloria humanal es mentida,
Todo bien se convierte en dolor.

ÉL

Deja que mi amor sediento
beba de tu alma el aliento,
y que mi pecho amoroso,
con su aroma delicioso,
se embriague y calme un momento. 195

ELLA

¡Oh qué delicia! ¡Oh ventura!
Pasar, como una aura pura,
mi alma enamorada siente
de la tuya el fuego ardiente,
y en mar nado de dulzura. 200

ÉL

Deja que latir con brío
tu corazón sobre el mío,
casi insensible yo sienta;
pues tu amor mi sangre alienta,
como a flor mustia el rocío. 205

ELLA

De amor, de amor desfallezco,
y toda yo me estremezco
tu ardiente labio al tocar;
dame en tu boca saciar
la dulce sed que padezco. 210

ÉL

Qué me importa que el destino
me haya cerrado el camino
del bien, si cuanto yo adoro,
mi esperanza y mi tesoro
tengo en mis brazos divino. 215

ELLA

Modera tus transportes,
modera tus halagos dueño mío,
que ya mi débil corazón el brío
pierde para gozar tanta ventura.
Conserva aquestos días 220
destinados a amarte,
y a endulzar de los tuyos la amargura;
no con tan vivo anhelo
el cáliz agotemos de dulzura

que nos ofrece amor hijo del cielo. 225

ÉL

No, apuremos temprano querida,
los placeres que ofrece la vida,
deja al necio sufrir y esperar;
que con ceño terrible la muerte,
envidiosa del bien, nos advierte 230
que naciendo los va a devorar.

AMBOS

De la aurora gocemos florida,
que un instante sonríe a la vida,
mientras quede vigor para amar
que con voz elocuente natura 235
nos repite: «el amor y ventura
son cual luz fugitiva en el mar».

- XXV -

Adiós en el mar

Se parte as velas dando.

Camoes.

Ya deja ya el puerto
la mi navecilla
y la aguda quilla
surca por el mar,
Favonio despierto 5
hinche ya la vela,
y rauda ella vuela
del viento a la par.

Adiós mi regazo,
mis dulces amores 10
y los sinsabores
que con ellos van;
adiós, que ya abrazo
más sólidos bienes
entre los vaivenes 15
que las olas dan.

¡Oh cuán agradable,
el eco armonioso,
es del mar ruidoso
al ánimo audaz! 20
¡Y cuán admirable
el flujo incesante,
la faz inconstante
de la onda voraz!

Soplad bonancibles 25
aligeros vientos,
que a vuestros acentos
no he de suspirar;
soplad apacibles,
que lejos de orilla 30
ya la aguda quilla
surca por el mar.

- XXVI -

Estancias

Without a hope in life.

Crabbe

A veces triste yo me digo:

¿Qué haré, qué haré de mi existencia?
De cuantas mi alma alimentaba
ni una esperanza ya le queda.

Como la encina derribada 5
por el furor de la tormenta,
despojo mísero del hado,
mi juventud yace por tierra.

Árido yermo es mi morada,
lúgubre noche me rodea, 10
y ningún rayo de consuelo
alumbra un tanto mis tinieblas.

Corren los días, cual torrente
que todo arrasa en su carrera,
anonadando en un instante 15
cuanto concibe el hombre y piensa.

Pasa ostentando mil prestigios,
cual vana sombra la belleza,
y el genio mismo soberano
brilla un instante, cual cometa. 20

Así el destino inevitable
de cuanto existe aquí en la tierra
han padecido, bien que pronto,
mis esperanzas lisonjeras.

Cuando la copa de la vida 25
de amarga hiel rebosa llena,
y el mundo al alma desolada
es mansión hórrida y desierta.

¿Qué esperar debe el desdichado?
Sólo morir; la tumba yerta 30
convierte en polvo y anonada
el llanto amargo y la miseria.

Así yo aguardo agonizando,
entre conflictos y dolencias,

como remedio a mis tormentos, 35
el son de la hora postrimera.

Y a veces digo en mis angustias:
¿de qué me sirve la existencia
si a mi alma triste y desolada
ni una esperanza ya le queda? 40

- XXVII -

El regreso

Still one great clime, in full and free defiance,
Yet rears her crest, unconquer'd and sublime,
Above the far Atlantic!...

Byron

¡Oh Patria, Patria nombre sacrosanto
a pronunciarte vuelvo con encanto!
Tu halagüeño semblante
ya rebuscan mis ojos cuidadosos
por el vasto horizonte, 5
y cual airosa cima de alto monte,
ya lejos lo perciben y mi seno
de júbilo rebosa palpitante.

Pasaron ya los días,
en que con grato anhelo, 10
canté un adiós a tu querido suelo,
y pasaron también las ilusiones,
que de mis dulces lares
me llevaron gustoso a otras regiones,
y a atravesar los procelosos mares. 15

Entonces ambicioso
de ver el ancho mundo,
y de espaciar mi mente
por los cielos y piélago profundo;
de sondar el saber de las naciones, 20
y pesar los blasones
que ostentan los imperios, las edades,
abandoné sin pena mi reposo;
mas ahora satisfecho
Vuelvo a tu dulce seno, 25
cual tierno esposo al suspirado lecho;
de gozo puro y de esperanza lleno.
¿Y cómo no? cuando tu solo aspecto
me dice que soy libre, y que la tierra
voy a ver de los libres so mi planta. 30
Mi pensamiento altivo se levanta
cuando pronuncio tu sagrado nombre,
¡Oh libertad! Y de mi laúd sonoro
se estremecen las cuerdas resonando,
en mi boca rebosan las palabras, 35
y con mil armonías
en alabanza tuya voy cantando.

El viejo continente
tan solo desengaños me ha mostrado:
entre sus pueblos cultos he buscado 40
tu imagen celestial, resplandeciente,
simulacros vanos he encontrado,
con incienso impuro veneradas
tus efigies sagradas.

Fueron los tiempos en que Europa libre 45
diera ejemplo a la tierra suficiente;
mas la fuerza triunfó y el duro cetro
cayó sobre los pueblos inclemente:
desde entonces la cruda tiranía
abate de los hombres la energía, 50
que mansos doblan la cerviz paciente,
y el supremo albedrío
de Reyes o tiranos
a los pueblos conculca, cual gusanos,
sin aliento ni brío. 55

La miserable España
en vergonzosa nulidad apenas

se muere y aun pretende
que la América gima en sus cadenas;
empero el León rampante 60
ya no brama arrogante
sino en baldón de su impotente saña.
Tan solo en las montañas de la Helvecia
la libertad respira,
burlando a sus tiranos, 65
y en el suelo glorioso de la Grecia
sin aliento ya espira
en las garras de tigres otomanos.

Confuso, por tu vasta superficie
Europa degradada, yo no he visto 70
mas que fausto y molicie,
y poco que al espíritu sublime
al lujo y los placeres
encubriendo con rosas,
las marcas oprobiosas, 75
del hierro vil que a tu progenie oprime.

La libertad de Europa fugitiva,
un asilo buscando,
ha pasado el Occeano,
su dignísimo trono levantando 80
do se agitan los pechos a su nombre,
y do con dignidad respira el hombre:
en el hermoso suelo americano.
Y en el tuyo también ¡oh Patria mia!
Tus hijos los primeros elevaron 85
a su imagen altares,
en su divino fuego se inflamaron,
y con rara osadía
el fanatismo y la opresión hollaron:
tú el rayo fulminaste, 90
que su terrible saña dilatando,
rompió de un hemisferio
el largo y degradante cautiverio.

¡Gloria al pueblo argentino,
terror de los tiranos, 95
que oprimian al Sud con férreas manos!
¡Gloria inmortal al pueblo peregrino!

Y tú Patria querida

muestra un ejemplo más a las naciones;
la maldad atrevida, 100
y las bajas pasiones
confesarán al fin avergonzadas,
que no son nombres vanos
la libertad, sus fueros soberanos,
sino para las almas degradadas. 105

Modera un tanto ¡Oh Plata majestuoso!
Esas ondas altivas,
no a un hijo de tus márgenes recibas
con flujo tumultuoso;
que en movimiento suave 110
fluyan y den camino silenciosas
a los flancos estrechos de mi nave,
que juega con tus crines espumosas.

- XXVIII -

El infortunio en el mar

Qu'importe le soleil? Je n'attends rien des jours.

Lamartine

Qué importa al desgraciado
a quien pesar devora,
que brillante y risueña
aparezca la aurora:
que cuando por los mares 5
su nave surca erguida,
de tempestad horrenda
se vea combatida;
y divagando incierta
jamás arribe al puerto, 10
o vacile en el borde
del abismo entreabierto.

¿Qué importa? Si temprano
se voló su esperanza:
él con ojos serenos 15
contempla la bonanza,
y nada pierde al mundo,
ni a las rientes auroras,
ni al puerto ni a los días,
ni a las fugaces horas. 20

- XXIX -

Al clavel del aire

A Luisa

Sweet scented flower.

Kirke White

Flor fragante y vistosa,
que del seno de rosa
de mi amable hechicera
vienes, fiel mensajera
de su pasión ardiente, 5
a disipar las sombras de mi mente.
Dime ¿do fue tu aurora?
¿Quién te dio esa fragancia
eficaz, penetrante, encantadora,
y la hermosa elegancia 10
con que gentil descuellas
entre las flores bellas,
que orna y matiza la divina Flora?
¿Quién esa candidez y esa pureza,
adorno celestial de la belleza, 15
que mi pecho enamora?
Fue, por ventura, tu dichoso Oriente
en la región ardiente
donde naturaleza

ostenta más vigor y gentileza? 20
¿O acaso la inconstante
madre de los amores,
menospreciada de su ingrato amante,
le pidiera a la reina de las flores
te llenase de encantos seductores, 25
para que fueses poderoso hechizo
de aquel infiel que abandonarla quiso?
No, flor hermosa, no, que tú naciste,
para más alta gloria,
en la región que el Paraná famoso 30
baña en curso grandioso:
naciste de sus linfas,
para grato recreo
y halagüeño deseo
de sus hermosas Ninfas, 35
que al mirarte en tu cuna se gozaron,
y su flor predilecta te nombraron.

Tu trono digno y tu morada hiciste
del aire puro, y si las otras flores
reciben de la tierra su alimento; 40
tú del sereno viento,
del céfiro apacible,
que divaga invisible,
y del plácido aliento
que los Silfos exhalan voladores. 45

Con majestad sentada,
ya en la verde enramada,
ya en el frondoso espino,
ya en las rocas soberbias y jardines,
tu candor peregrino 50
ostentas, y te meces con donaire,
embalsamando el aire
con tu aroma divino.
El picaflor voltario,
en su círculo vario, 55
se deleita tan sólo en halagarte,
y no osa de tu seno
libar el suco ameno,
que te da vida, y tu vigor robarte.
No así la juventud; ella anhelante 60
siempre gira insconstante
de una flor a otra flor; todas codicia,
a todas acaricia,
y al fin bebe, inexperta, entre sus hojas

saciedad y congojas. 65

Émula del jazmín en la blancura,
lo eres también en la fragancia pura,
que de tu seno exhalas,
con que el cuerpo y espíritu regalas
de toda criatura: 70
cuando ostenta sus galas,
con majestad el sol en occidente,
entonces el ambiente
se llena de tu espíritu oloroso,
y se engolfa amoroso, 75
el corazón al apurar tu aliento
en un mar de delicias y contento.

Y cuando, más feliz, alguna hermosa
te arrebata con mano temerosa
de tu trono aerío, 80
para darte en su seno dulce abrigo,
o en su negro cabello;
brillas con el destello
de estrella rutilante,
y dilatas fragante 85
tu encantador imperio,
y de las flores reina entonces eres,
del amor, del deleite y los placeres.

¿Quién como tú en el aire
morase, respirando aura de vida, 90
y burlando el desaire
de la fortuna vil con frente erguida?
O trasformado en Silfo, o en Silfida
¿Quién en tu cáliz albo,
encontrase guarida 95
donde ponerse en salvo,
del rigor de la suerte y sus mudanzas,
que siempre al infeliz tiende asechanzas?

Cuando feliz te miro
bella flor me parece, 100
que veo de mi amada el albo seno
de encantadora magia todo lleno,
la nieve sin mancilla
de su fresca mejilla,
y el candor celestial de su semblante; 105

y al aspirar tu espíritu fragante,
me parece que aspiro,
de su risueña boca
el delicioso aroma, que provoca
al deleite, al amor y la ventura; 110
y rebosando en júbilo y ternura
mi corazón palpita, y se abandona,
olvidando su pena,
a la dulce ilusión que lo enajena.

El cementerio

A D. D. T.

Misterios de la vida y de la muerte.

Calderón

Creation sleeps.

Young

Al resplandor sereno de la Luna
yo andaba por los sitios solitarios
que al vulgo atemorizan, pesaroso,
y en lúgubres ideas embebido;
y mis inciertos pasos me llevaron 5
a la mansión sagrada de los muertos:
religioso pavor cubríome al punto,
y exclamé sofocando mis angustias:
silencio ¡oh corazón! he aquí el asilo
donde reina la paz inalterable, 10
do no alcanza el tumulto de los hombres,
do se acaban las ansias y tormentos
de la altiva ambición y el infortunio,
do se estrella el poder y la grandeza,
do el amor y el deleite se anonadan, 15
donde la gloria es humo y las pasiones,
que agitan al mortal; aquí el esclavo
de sus hierros se olvida, y con el polvo
del que oprimió insolente, a confundirse
viene el feroz tirano; aquí del crimen 20
cesa el remordimiento y los gemidos
de la virtud paciente se sepultan;
aquí se abisman, sin cesar, los siglos,
y mil generaciones y mil otras,
con rapidez se agolpan, no dejando 25
vestigio de su ser; aquí su cetro
levantan el misterio y el olvido,
las esperanzas mueren, y en su aurora
el ingenio brillante se disipa.

Salud tristes despojos, monumentos 30
fúnebres del dolor, a visitaros
viene una alma abatida y borrascosa;
si los profanos ecos de la tierra
hasta vosotros llegan respondedme:
¿Hay vida mas allá?, ¿pero qué veo? 35
Un espectro confuso se levanta,
y con faz melancólica me mira:
Tú, cualquiera que seas, habitante
de esta mansión de luto misteriosa,
responde hoy a las dudas de quien viene 40
a interrogar la muerte y los sepulcros
transido de dolor ¿por qué tus ojos
brotan lágrimas tristes, y en tu frente
del funesto pesar vagan las sombras?
¿Hay dolor, por acaso, aun en la tumba? 45
¿Siente el polvo? -«Silencio reptil vano,
la mansión del misterio es el sepulcro».
Un eco moribundo respondiome,
y silencio, silencio repitieron
los cóncavos helados de las tumbas. 50
Se oscureció la Luna de repente,
y un pálido fulgor cubrió la tierra,
semejante al de antorchas suspendida
en medio de un Panteón: y yo miraba,
pasmado de terror, sin movimiento, 55
de la tumba fatal aquel portento.
Cuando un eco al de un ángel parecido
hechicero sonó: «ven, ven conmigo
ven, ven, a descansar infeliz joven:
la tumba es el amor; aquí las almas 60
en himeneo eterno, eternas viven;
¡Ay! ¡ay! Por ti padezco hace diez años,
ven, seremos felices, ven conmigo,
esperándote estoy». Y yo miraba,
pasmado de terror, sin movimiento, 65
de la tumba fatal aquel portento;
y vi de una mujer la vaga sombra,
de una mujer que conocí en la tierra,
y que profano labio nunca nombra.
Y otra voz repitió: «ven hijo mio, 70
ven te consolaré ¡qué infeliz eres!
Tu alma no es de ese mundo, aquí es su centro:
el lodo es del reptil». Un grito entonces
quise dar y no pude, y la voz madre
en mis labios se ahogó: y yo miraba, 75
pasmado de terror, sin movimiento,
de la tumba fatal aquel portento.
Quedó todo en silencio nuevamente;

se disipó el fulgor, como la llama
de un astro consumido, y las tinieblas, 80
la oscuridad fatal se condensaron.
Todo era noche y noche; uno por uno
los astros de la esfera se extinguieron,
como antorcha sin pábulo, y la tierra,
y el cielo, y el espacio no formaron 85
más que un lúgubre, denso, opaco abismo
de tinieblas palpables a mis ojos.
Me estremecí de horror: formas confusas,
fábricas gigantescas del orgullo,
cadáveres inmensos de los siglos, 90
pueblos, generaciones, seres, hombres,
cual rápido torrente descendían
en la inapeable sima confundidos,
y al caos daban ser... Un mortal frío
cubrió todo mi cuerpo; mis sentidos, 95
como de un largo sueño despertaron;
miré y vi, con asombro, que la tierra
al resplandor sereno de la Luna,
mientras yo solitario cavilaba,
como el callado asilo de los muertos, 100
en silenciosa calma reposaba.

- XXXI -

Melancolía

Profunda melancolía
en tu semblante se ve.

Calderón

Cuando en mi frente marchita
la melancolía extienda
su opaco velo, y mis ojos
llenos de lágrimas veas:
cuando los caros objetos, 5
que en otra hora me recrean,

y aun tus encantos divinos
mire con indiferencia:
no hagas caso, mi querida,
que el pesar que me atormenta 10
sobre mi faz un instante
esparce sus sombras negras;
luego a mi seno afligido,
do sin cesar se apacentan
los pensamientos sombríos, 15
silencioso se replega.

- XXXII -

La noche en el mar

La noche lóbrega y triste.

Moreto

¡Oh noche! ¡oscuridad! del alma mía
alimento precioso;
tu majestad sombría,
place a mi pensamiento borrascoso.

De anhelar con la turba fatigado 5
los bienes mentirosos
del mundo, deslumbrado
me acojo en tus asilos misteriosos.

Y, arrojando de mí los viles lazos
de las torpes pasiones, 10
encamino mis pasos
a menos vacilantes ambiciones.

En tu seno fecundo en armonía,
sereno, o espantoso,

busca mi fantasía 15
asaz ocupación sino el reposo.

Tempestades naced, fragosos vientos
dejad vuestras cavernas,
y que los elementos
quebranten sus murallas sempiternas. 20

Silben los huracanes inclementes,
lanzándose furiosos,
por los llanos fervientes
de los inquietos mares espumosos.

Como el bravo guerrero en la batalla 25
y ruidosa victoria,
su ardor bélico acalla
persiguiendo el fantasma de la gloria

O como águila audaz en las regiones
mas allá de la tierra, 30
burla los aquilones,
y ni la horrible tempestad la aterra.

Así, ante el espectáculo imponente
de la natura en juego,
se complace mi mente; 35
que allí se inflama de divino fuego.

Allí olvido deleites y pesares,
y todo lo mundano,
y sin temor de azares
vuelo altivo, cual genio sobrehumano. 40

Y mirando de faz el universo,
exento de conflito,
con sus genios converso;
mi pensamiento vaga en lo infinito.

- XXXIII -

En celebridad de mayo

¡Libertad! ¡libertad! No más resuena
por todo el continente.

Varela

Dadme la lira de oro
¡Oh Musas! Al ingenio reservada,
y con plectro sonoro,
y con trompa no usada,
cantaré de mi patria 5
los triunfos y la gloria celebrada.

Cantaré las cadenas
y la oprobiosa y dura servidumbre,
que con infandas penas
rompió, y la muchedumbre 10
hollada de tiranos,
que la razón fuscaban y su lumbre.

De mayo los portentos
escuchen las naciones admiradas,
y a los ledos acentos, 15
y a las voces sagradas,
libertad y derechos,
Treman del solio las soberbias gradas.

De mayo el sol parece,
y en el Plata sus rayos reflejando 20
los pechos enardece,
súbito fecundando
los gérmenes divinos,
que al universo la natura ofrece:

Crecen y se derraman 25
por todo el continente americano,
y los pueblos se aclaman,
libres ya, y el Indiano,
sus cadenas hollando,
se ostenta independiente y soberano. 30

Despareció del mundo
el oprobio del hombre amancillado;
el monstruo furibundo
pereció conculcado,
y de mayo la lumbre 35
ha déspotas y tronos derribado.

¿Mas do la Musa mía,
por entusiasmo, patrio enajenada
vuela con osadía,
y no oye la algarada, 40
que en el foro se enciende;
cual acorre la turba presurada?

Derrocaos a mi anhelo
del espacio anchurosos valladares,
cíñase el ancho suelo 45
y los profundos mares;
que hasta mi dulce patria
mi vista enajenada extienda el vuelo.

¿Cómo cantar podría,
en medio de los tronos degradados, 50
los himnos de alegría
en mi patria entonados,
ni los sublimes votos
de seres libres al Olimpo alzados?

Sin vuestro puro aliento, 55
libertad sacrosanta, se enmudece
la lira, y tremulento
el canto se oscurece,
con las densas tinieblas,
que el trono aciago al pensamiento ofrece. 60

Mas ya rasgose el velo,

que tu sublime rostro me ocultaba
¡Oh Patria! y desde el suelo,
que el tosco Galo hollaba,
tu gloria noble canto, 65
y a tus sacros transportes me levanto.

Salud ¡oh sol fecundo
en portentosos frutos!
Salud, padre del mundo,
que el germen infecundo 70
del fanatismo y la opresión rompiste,
y a la América diste
libertad y derechos,
y con tu inmensa lumbre
los extendidos trechos 75
del orbe iluminaste;
que al Argentino tu fulgor prestaste.

En mayo venturoso
el Argentino levantó radiosa
su frente, y al instante 80
sublimose del Indio el pensamiento,
y triunfante y gloriosa
la razón aparece,
y la ominosa esclavitud perece.

Cantad, cantad ovantes 85
de mayo el sol que asoma por la esfera;
sus rayos centellantes,
anuncian a la tierra
de América el gran día,
y del crudo tirano la agonía. 90

Sepúltase al abismo
el soberbio dosel del ambicioso,
confuso el despotismo,
y con mortal desmayo,
en los antros se oculta del reposo, 95
cuando tu faz ostentas,
¡Oh hermoso sol de mayo!
Enajenado acorre el Argentino,
y en tu rostro divino
ve trazados con letras inmortales 100
de su triunfo y su gloria los anales.

- XXXIV -

A María

A fortuna me traz peregrinando,
novos travalhos vendo e novos danos.

Camoes

Ya llegó el momento
de pena y tormento
para el alma noble que sabe sentir;
llegó, dulce amiga,
que siempre enemiga
fortuna de nuevo me fuerza a partir.

Se fue mi ventura,
como sombra oscura,
quedome el recuerdo para más pesar:
se fue mi esperanza,
como la bonanza,
del triste nauclero que vaga en el mar.

Sin faro, ni puerto
quedé en un desierto,
en la edad risueña de sentir y amar;
la vida maldije,
y a mi pena dije
me voy a la tumba consuelo a buscar.

Mas, cándida y bella,
como ángel o estrella,
por acaso entonces, amiga, te ví;
te ví, y de la vida
la imagen florida
de nuevo hechicera se mostró ante mí.

Me dístes el alma, 25
y la suave calma
descendió a mi pecho con el dulce amor;
y en tu seno amante
apuré constante,
de inefables dichas, el grato dulzor. 30

Mas quiere fortuna,
que gloria ninguna
feliz y tranquilo, yo pueda gozar;
pues ya mi ventura,
en tiniebla oscura 35
de enojosa ausencia, se vuelve a eclipsar.

Por nuevo camino
me lleva el destino,
sembrado de riesgos, tormentas y azar;
sin que el tierno llanto 40
de tu amor, un tanto
su rigor injusto, consiga aplacar.

A mi alma no abate
el fatal combate
de inciertos acasos que voy a sufrir. 45
la pena que siento,
es ver que me ausento
y te dejo sola llorar y gemir.

Yo aprendí temprano
del pesar tirano 50
con frente serena la saña a mirar;
pero tú su triste
furor no sufriste,
ni el tormento fiero de no ver y amar.

Al crudo despecho 55
no abrigo en tu pecho,
amoroso y tierno, dulce amiga, des:
acógete al ara
de la imagen cara,
que en tu seno siempre colocada ves. 60

«Él me ama» repite,
cuando airado agite
en tu triste pecho, su dardo el dolor;
«Él me ama, y suspira
como yo, y delira
de su dulce estrella buscando el fulgor».

«Duerme y sueña ahora,
que yo encantadora,
como ángel benigno, mirándole estoy;
ora que amorosa
la pena engjosa
a ahuyentar de su alma con halagos voy».

«Ora las estrellas,
contempla, y en ellas
risueña y hermosa mi imagen cree ver;
ora de las aves,
en los trinos suaves,
do quier halagüeña mi voz entender».

Mas ¡ay! que yo insano
me dilato, en vano,
buscando remedio para tanto mal:
adiós; ya mi dicha
se fue, y la desdicha
de nuevo me espera con ceño fatal.

- XXXV -

Coros

Fragmentos de un poema dramático

El canto de los espíritus, las bellas imágenes
que inspiran, no son vanos prestigios.

Goethe

- I -

El genio de las tinieblas

Fui engendrado y tuve el ser
en un abismo profundo,
y de allí vine del mundo
a llenar la inmensidad:
mi trono es de negras nubes, 5
y mi poderío extenso,
abarca el círculo inmenso
del ser y la eternidad.

Yo soy el alfa, el omega,
el principio y fin que encierra 10
cuanto en los orbes y tierra
es, ha sido, existirá:
todo, en los hondos abismos
de mi imperio tenebroso,
cual torbellino espantoso, 15
confundido se hundirá.

Enemigo de la lumbre,
mi cetro augusto levanto
entre tinieblas y espanto,
entre males y terror: 20
yo a los misterios presido
del infierno y de la muerte,
y la alegría convierte
mi influjo en llanto y dolor.

Yo los fugitivos pasos 25
del parricida encamino,
doy aliento al asesino,
infundo al bueno pavor:
torpes, inmundas caricias
las sepulto en el misterio, 30
y dirijo el adulterio
al casto lecho de amor.

- II -

Espíritu del aire

El éter puro
es la morada,
do más se agrada 35
mi puro ser;
allí su trono
tiene asentado,
bajo azulado,
blanco dosel. 40

Forma invisible,
sutil criatura,
de la natura
potencia soy;
el vasto imperio 45
del aire es mío,
y a mi albedrío
leyes le doy.

En claras alas
de azul zafiro, 50
mi vuelo giro
yo sin cesar;
doy a las auras
su suave aliento,
impelo el viento 55
que agita al mar.

Mi esencia ocupa
todo el espacio,
desde el palacio
del que fue y es: 60
todo penetra,
rige y absorbe,
cuanto en el orbe
aéreo ves.

- III -

Espíritu del agua

El mar insondable
es el elemento,
do tiene su asiento
mi vasto poder;
mi cetro potente
desde polo a polo
se dilata, y sólo
se hace obedecer.

Arbitro absoluto,
yo mando a las ondas
de sus simas hondas
soberbias salir;
su tremenda mole
sostengo en balanza,
y hago a la bonanza
grata sonreir.

Los ríos y mares
los lagos, las fuentes,
y raudos torrentes,
sujeto a mi ley;
las aguas que lanzan
las nubes del cielo,
inundando al suelo,
me tienen por rey.

- IV -

Espíritu del fuego

La máquina portentosa
del universo acabada,
la natura sepultada
yacía en noche y sopor;
mas el fecundante labio

se abrió y dijo omnipotente:
la «luz sea» y brotó ardiente, 95
y se animó a su fulgor.

Yo soy la fuente perenne
inagotable de vida,
que por el orbe esparcida,
regenera la creación; 100
mi soberano poder
triunfa del genio nefando,
que sin cesar va sembrando,
la muerte y la destrucción.

De los despojos y escorias, 105
que hacinando va él impuras,
nuevos seres y criaturas
saco en mi puro crisol:
todo disuelvo y absorbo,
todo penetro y animo, 110
y hago fecundoso al limo
con los rayos de mi sol.

- V -

El fuego fatuo

Hijo brillante
de impuro lodo,
por raro modo 115
yo tuve el ser;
y las tinieblas
puro me vieron,
y me acogieron
desde el nacer. 120

Diéronme abrigo
en sus guaridas,
compadecidas
de mi orfandad;
y desde entonces 125
yo vivo errando,
y acompañando

su soledad.

No temas nada
de un desvalido,
tú que perdido
mueves el pie;
soy inocente,
ven, el camino
de tu destino
te alumbraré.

Mi vida es soplo
de fuego vano,
que vaga insano
sin reposar:
brilla en la noche,
se encubre al día,
con noche umbría
vuelve a brillar.

Guarte; la noche
de mil acasos,
siembra los pasos
del viajador;
Guarte; en mil redes
sus pies enlaza...
Sigue la traza
de mi fulgor.

Ven, si te place,
más de un arcano,
que ojo profano
nunca alcanzó,
verás, patente,
cuánto misterio,
bajo su imperio,
la noche crió.

La mortal venda
que cubre infausta
tu vista exhausta
yo arrancaré;
sigue mi lumbre,
ven sin recelo

tu ardiente anhelo
yo colmaré.

- XXXVI -

Coros

Fragmentos de un poema dramático

Su la vía che á morte guída
nel Signor chi si confída
col signor risorgerá.

Manzoni

- I -

Mortal desdichado
que vagáis sin tino,
del crudo destino
no os dejéis vencer:
a tormenta horrible 5
sigue la bonanza,
la dulce esperanza
no debéis perder.

El cielo piadoso
los males contempla, 10
las angustias templa
del que sabe creer:
poneos confiados
en su mano amiga,
veréis cual mitiga, 15

vuestro padecer.

El que sufra, al cielo
levante su pecho,
y verá deshecho
su amargo dolor:
de allí sólo manan
balsámicos dones,
que de las pasiones
calman el ardor.

Infeliz del hombre
que en pena y quebranto,
no derrama el llanto,
del justo varón;
sumergido siempre
en torpe delirio,
su agua es el martirio,
su pan la aflicción.

- II -

Venid, venid pecadores
a seguir los resplandores
de la sempiterna luz;
ella es fuente de alegría,
y de la noche sombría
deshace el negro capuz.

Ella apareció en el mundo,
y aterrada en el profundo
se hundió la prole infernal
tembló el infierno, y pasmado,
vio por siempre encadenado,
en sus abismos al mal.

Triunfó la luz de la vida
de la legión homicida,
que al universo oprimió;
y asentando en él su imperio,
de ominoso cautiverio,
la humanidad redimió.

- XXXVII -

Layda

Al señor General D. T. G.

Fue como ninguna bella,
y fue infeliz como todas.

Calderón

Where art thou, son of my love? The roar of the blast is around me. Dark is the cloudy night.

Ossian

¿Dónde, hijo de mi amor, do estáis ahora? El rugido del viento me circunda, y la nublosa noche está sombría.

- I -

Como cedro a las nubes sublimado,
por huracán violento quebrantado,
yace, despojo del destino impío,
de mi arrogante juventud el brío:
cual astro pasajero yo he brillado 5
para extinguirme en mi temprana aurora.
Ya el soberano canto no me inspira
la musa celestial y encantadora,
y mi enlutada lira
con moribunda voz triste suspira. 10
La harpa lúgubre sólo me ha quedado,
y al son de sus acentos funerales

quiero en mi soledad cantar mis males.
Mas ¿qué imagen se ofrece hoy a mi mente?
¿Qué nueva llama siente 15
mi genio amortiguado ¡ardor sublime!
y sale de repente
del oscuro letargo que le oprime?
Hierve mi pecho, como la onda airada
por el viento frenético azotada, 20
y en mi espíritu ardiente
rebosa el canto de infortunio y gloria.
Tú eres, Layda infelice; tu memoria
mi corazón conmueve casi yerto,
y en mis ojos las lágrimas retiemblan, 25
como en la mustia yerba del desierto
el matinal rocío,
al pensar en tu angélica hermosura,
en tu funesto amor y desventura.

- II -

Reina en torno el silencio de la muerte. 30
Absorta en su dolor, y reclinada
en sus brazos de nieve, semejante
al ángel del sepulcro, yace inmoble;
triste, como la Luna nebulosa,
blanca, como azucena amortiguada, 35
sobre el húmedo rastro de una huesa
su hermosa faz se fija; -allí está su hijo,
el fruto del amor allí reposa
en sueño sempiterno; ya no hay llanto
en los ojos de Layda-; lo agotaron 40
la angustia y el pesar, sólo quebranto
a su afligido corazón dejaron.
«¡Cielo inhumano! en su despecho -dijo-,
tus fatales decretos se cumplieron;
ya cual humo fugaz se deshicieron 45
mis esperanzas todas en un día;
gózate en la obra impía.
¿De tu cólera injusta, y con mi muerte
decreta el fin de mi ominosa suerte?
¿Qué me vale la vida que me diste? 50
¿De qué la gloria y el deleite puro
del tierno amor que consagré a un perjuro?
¿De qué mi juventud, si ni vestigios
de mi dicha han quedado sólo existe
aquí en mi corazón, la cruel memoria 55
del bien perdido y la pasada gloria?

Mas yo deliro, en mi dolor insano:
Perdona, cielo justo; mira humano
el trance en que me veo;
amor fue mi enemigo, amor tirano, 60
blanco infeliz de su tremenda saña,
hizo mi triste pecho ¡a quién no engaña
su seductor halago! Él revistiera
de irresistible encanto al fementido
que mi alma idolatró con fe sincera; 65
él a amar me enseñó, y abandonada
ora me deja a la inclemencia fiera
de la pasión fatal que me devora.
¿Y aquesta recompensa ha merecido
mi extremado cariño? El mercenario 70
al fin de la tarea su salario
recibe y va contento; el que labora
con su sudor la tierra, aunque deshecho
vea por lluvia larga su trabajo,
vive con la esperanza satisfecho; 75
y yo infelice, de mi amor en pago,
de tanto amor, tan sólo he recogido
un fruto que murió... Tú que el reposo
gozas eterno, do no alcanza el llanto,
tierna flor en su oriente marchitada, 80
recibe de tu madre infortunada,
el postrimer adiós, hijo querido».

- III -

«Cubrid con verdoso helecho,
fresca rosa y mutiflor,
cubrid el plácido lecho 85
donde reposa mi amor.

Tú estás dormido
en suave lecho,
mientras mi pecho
sufre de amor, 90
hijo querido
tú vas al cielo,
mientras yo velo
con el dolor.

Mientras tu madre 95

vive penando,
tú estás gozando
gloria eternal;
y por tu padre
mientras yo lloro, 100
y al cielo imploro,
tú ves mi mal.

De la inocencia
he aquí el asilo;
pasa tranquilo 105
tú viajador:
no tu clemencia,
tu ruego ahora
la tumba implora
de un pecador. 110

Yace aquí el fruto
de la ternura,
la llama pura,
de amor le dio,
pagó el tributo, 115
y de mis brazos
a los regazos
de Dios voló.

Del alba al riego,
así la rosa 120
nace pomposa,
exhala olor;
mas sale luego
el sol ardiente,
y de su frente 125
muere el frescor».

- IV -

Dónde irá Layda, adónde
llevará su dolor y desconsuelo;
nadie se apiada de su triste duelo;
nadie en la tierra a su clamor responde. 130
Do quiera vuelve sus inquietos ojos
halla sólo los míseros despojos,
que le dejó el amor; do quier vestigios

de glorias y ventura que pasaron,
do quier caros objetos que le dicen, 135
con voces penetrantes, de amargura:
«Aquí fuiste feliz, aquí gozaste,
en brazos del amor y la ternura,
deliciosos momentos que volaron,
y para ti por siempre se acabaron». 140

- V -

Ya el astro de la noche derramaba,
sereno y melancólico su lumbre,
sobre la triste tierra, y muchedumbre
de fúlgidos diamantes esparcidos
en su diáfano velo rutilaba. 145
La noche era apacible, y los alientos
de los tranquilos vientos,
suavemente lamían
las corrientes del Plata que dormían;
mientras, tendido al aire el ancho lino, 150
un bajel se alejaba
arando suave el líquido Argentino.
Sentada Layda en la soberbia popa,
sola con su dolor, al desvarío
de su afligida mente se entregaba, 155
y su vista espaciaba
por el cristal sereno del gran río,
do gozosa la Luna se miraba,
y en piélago de luz lo transformaba.
Su cabellera airosa, 160
de color de azabache, ondeaba al viento,
y sus ojos hermosos,
cual astros macilentos y radiosos
en la cándida frente de la noche,
sobre su tez nevada relucían; 165
en tanto que la oscura
sombra de la tristeza
los divinos encantos y pureza
velaba de su angélica hermosura.
Los tristes y sombríos pensamientos 170
se agolpaban veloces a su mente,
como las negras nubes en la esfera,
en tempestuosa noche, lastimera,
azotadas del ábrego inclemente.
Un trueno retumbó, y Layda entonces, 175
con voz que enterneciera aún a los bronces
exclamó en su aflicción; mientras volaba,

separando el corriente cristalino,
en las alas del viento el frágil pino.

- VI -

«Mi alma fenece con el grave peso
del infortunio, y en la tierra no halla
mi corazón, para aliviar su herida,
bálsamo dulce.

Crudo el destino deshojó en un día
las flores todas de mi vida ufanas;
diolas al viento, y me dejó desnuda
de toda gloria.

Do quiera miran mis cansados ojos
duelo tan solo y confusión encuentran,
y nada, nada, que a mis ansias pueda,
darles consuelo.

Lágrimas tristes de dolor ardientes,
estéril llanto sin cesar derraman;
buscan en vano, y ni aún la luz divisan
de la esperanza.

Árido yermo para mí es la tierra;
el tierno fruto de mi amor funesto
yace en la tumba, y el que reina en mi alma
mis ansias no oye.

Y el diáfano horizonte se cubría
de capuz tenebroso; centellaba
flamígero el relámpago en su seno,
y sordísono el trueno retumbaba.

¡Oh si me oyera! ¡Como de su amante
enjugaría el ominoso llanto!
¡Como en su pecho palpitante, tierno
me estrecharía!

¡Como al mirarme, en mi tormento fiero,
tal vez lloroso, arrepentido acaso,
«Te amo cual nunca, me diría, hermosa 210
Reina de mi alma!»

«Ven, dulce dueño, fugitivo ingrato:
yo te perdono; vuelve y con tu vista,
la infausta noche que circunda a mi alma,
grato disipa. 215

Vuelve a mis brazos; con tu dulce halago
se irán, cual humo, las angustias mías;
y amor delicias nos dará en su copa,
cual otro tiempo».

¡Vano delirio! Mis cansadas voces 220
se lleva el viento; a los suspiros míos
nadie responde, más que el ronco acento
de la onda airada.

Y el diáfano horizonte se cubría
de capuz tenebroso; centellaba 225
flamígero el relámpago en su seno,
y sordísono el trueno retumbaba.

Ya el trueno infausto, en las lejanas nubes,
con voz horrenda mi dolor proclama;
y el cielo, envuelto en denegrido manto, 230
mi duelo anuncia.

Ya el astro hermoso de la noche oculta
su mustia frente entre tinieblas densas,
y el universo se conjura a un tiempo
contra mí triste. 235

¿Qué esperas Layda en tu desdicha acerba?
¿A qué demandas? ¿Repitiendo no oyes
lúgubres voces por el aire, vagas?
«Muerte, sepulcro».

Fieros ministros de la tumba os oigo; 240
ya voy do quiere mi funesta suerte:
auras veloces mi postrer suspiro
gratas lleradle.

Decidle el llanto que mis ojos vierten,
las crueles ansias que mi pecho sufre; 245
pedidle sólo para Layda alguna
lágrima tierna.

- VII -

Cesó Layda sus míseras querellas:
y el trueno retumbaba, y tumultuosas
las olas azotaban poderosas 250
los flancos de la nave, que impelía
con ímpetu veloz airado el viento.
La tempestad sonora en un momento
se enseñoreó del mundo; las estrellas
y la Luna y el cielo recatando 255
fueron su opaca luz, y a fuer de montes
lanzaban los sombríos horizontes
escuadrones de nubes, que rodando
con horrísono estruendo por la esfera,
hacían retemblar en su hondo asiento, 260
el sólido terráqueo pavimento.
Se encapotó el cenit, con ceño torvo
miró el cielo iracundo
al angustiado mundo;
el trueno retumbando 265
se acercó más y más, y rebramando,
sus resonantes alas sacudieron
frenéticos los vientos, y azotaron
las corrientes del Plata que se hincharon.
Todo fue horror entonces; levantaba 270
el río soberano embravecido
su aterrador bramido,
y al sonoro rugido de los vientos,
de los truenos y rayos lo mezclaba
con el ímpetu ciego de un torrente, 275
de su hidrópico seno vomitando
sobre las ondas, ondas, que espumeando,
el límite asaltaban prepotente,
bramaban, se agitaban, resurtían
y con nueva pujanza lo embestían. 280
Los eléctricos fluidos se chocaban,

ardía cual hoguera, el firmamento,
y con más rapidez que el pensamiento,
los rayos y los truenos se seguían,
y rugiendo estallaban, 285
y en la tierra, en el aire o en las aguas
su abrasadora llama sepultaban.
En vano fiaron las soberbias naves,
que poblaban los senos del gran río
en sus áncoras férreas; la tormenta, 290
con ímpetuoso brío,
las levantó en sus hombros, y bramando
dio con su presunción en los escollos,
o las sorbió por siempre, derramando,
para triste espectáculo a los ojos, 295
por la playa arenosa y extendida
de su tremenda seña los despojos...

- VIII -

Nuncia de la mañana, astro del día,
alma del universo y alegría;
y tú Luna apacible, compañera 300
de las almas sensibles y amorosas;
ya no veréis del Plata en la rivera
resplandecer de Layda la hermosura.
Llorad ninfas del Plata generosas
lágrimas de dolor y de ternura; 305
se marchitó la flor más bella y pura
de vuestro sacro río; el débil pino,
que llevaba a otro suelo su destino,
despojo fue de las airadas ondas;
diole el gran río en sus entrañas hondas 310
digno sepulcro, y con ligero vuelo
se sublimó su espíritu divino,
desdeñando la tierra, al alto cielo
murió como la rosa de los campos,
privada del balsámico rocío, 315
y que deshoja el soplo del estío,
cuando su pompa a desplegar empieza.
Se agostó, cual se agosta la esperanza,
el deleite, el amor, y la ventura.
Así también, a la inclemencia dura 320
de la suerte enemiga, amortiguada
siento mi juventud; pronto el viajero
contemplará, con ojo indiferente
mi losa funeral, y sepultada,
por la mano del tiempo en el olvido, 325

Layda infelice, quedará la gloria
del Bardo que consagra hoy afligido,
este fúnebre canto a tu memoria.

Freeditorial